

Un novelista es un embaucador

Xosé M. A. Giráldez

El gran fabulador

"En mis conversaciones con Borges yo siempre hablé con admiración de Gerardo Diego, y le recité alguno de sus poemas. Por ejemplo, aquel soneto que dedica a la catedral de Santiago, que viene a decir: "También la piedra si hay estrellas vuela / sobre la noche biselada y fría / creced mellizos lirios de osadía / creced, pujad, torres de Compostela". Y él, pensando detenidamente como solía, le emocionó con lo "...la piedra si hay estrellas vuela", pero le pareció un tanto cursi lo de los mellizos". "No me diga usted, Pereira, que eso de los mellizos lirios está bien". De su relación con Galicia, Pereira habla más de ensoñación y fabulación que de presencia física. "Debería ir más, como hice con Ribadeo, donde al final acudí. Y espero que Freixanes se acuerde, porque deseo que parte de mi obra, que está traducida a varios idiomas de Europa, sea traducida también en la lengua gallega. También deseo volver al periodismo, un poco abandonado. Pero volvía loco a los periodistas de La Vanguardia, cuando colaboré allí, porque llamaba para cambiar un punto y aparte, y cosas así".

En principio Antonio Pereira parece un poco distante, cómo les diría, un poco perdido entre las brumas de su Villafranca del Bierzo natal. No es que estamos en medio de las feraces tierras bercianas, mejor nos iría para evitar los agobios del calor, pero estamos en medio de Madrid, donde el sol del verano cae como una losa, donde andamos todos un poco aplanados, con la *galbana* auestas. Galbana, del árabe, vale por desidia, por acabamiento, síntomas muy del verano, cuando mejor estaría uno zambulléndose en alguna playa perdida, que aún hay, que en medio de esta vorágine urbana. Pero Antonio Pereira, escritor, realista del noroeste de España se ha instalado en medio de la capital, donde los escritores, tarde o temprano, acaban viniendo, así les tientan las trochas montaraces del pueblo y el condumio de los mesones, como sin duda es el caso.

Antonio Pereira no presume de demasiadas cosas. Estos hombres, criados al abrigo de los alcores y los roquedales, a horcajadas, entre Castilla y Galicia, tienen el espíritu de la frontera, son los cosmopolitas, y están ricamente lo mismo tomando botillo que un cafelito en la loza inglesa en las mesas de mármol del Gijón, así de apañados son. De lo que sí presume Antonio Pereira es de su barba, que le parece muy propia de escritores y novelistas, como lo es el florete del esgrimista o el azadón del labriego. Bien mirado, un buen escritor sin barba no lo sería tanto, sería como un pirata sin garfio, pirata sí, pero de poca monta. Pereira se ríe de buena gana por lo de la barba, es un hombre jovial, a pesar de supera en edad a los de *generación*, en seguida se ve que tiene cuerda para rato, que le va la tertulia literaria, y así. "La literatura, los cuentos, son fundamentalmente de transmisión oral. Esto no es que lo diga yo. Esto es así. Yo, cuando voy por ahí a congresos le leo a la gente un relato en voz alta, como hacíamos en la escuela y es lo que gusta. A la gente le gusta que le lean en voz alta".

Luego presume un poco de conocer mundo, de tener amigos muy sinceros. De haber triunfado, aunque tarde. Se le ve contento, esa es la verdad, parece estar a punto de contar un cuento al lado de la lumbre, con un par de nietos sentados en las rodillas, al tiempo que les ejecuta con buen tino el trote del caballito. Pereira, visto así es un poco medieval, uno no se lo imagina aquí, al lado de tanto atasco de tráfico, sino más bien en el Parador de Villafranca, que es lugar de postín y nobleza probadas o en Mondoñedo, que al escritor le gusta sobremanera, hasta tal punto que tiene una ilustración de su basílica en casa. Lo que también le gusta es haber visitado Ribadeo. Al comienzo del *El Síndrome de Estocolmo*, uno de sus libros de relatos, dice que no se perdona haber visitado cinco veces Puerto rico y ninguna Ribadeo. Ahora no, que ya lo visitó, y Leopoldo Calvo Sotelo, que le suele leer con gran aprecio, nativo de la villa, le ha felicitado por semejante logro, no todo va a ser Nueva York o el Nepal.

A Antonio Pereira le llegó el éxito a avanzada edad, parecían que el relato empieza a ser por fin considerado. Ya se sabe que esto no es Estados Unidos, pero Pereira no es menos que Raymond Carver, eso que se sepa. Él empezó a escribir y publicar muy pronto, con éxito de crítica, pero auténticamente mimado está ahora. Y así él no ha estado nunca en una generación, decididamente. Fue de los tardíos de *España*, la señera revista de Victoriano Crémer, y ya tenía demasiada edad para situarse cercano a Julio Llamazares o a Luis Mateo Díez, amigos suyos, como todos. Lo que prefiere reivindicar es su carácter fronterizo, esto ya se dijo, él es hijo del universo mítico que pertenece a las lindes del noroeste, tierra de fantasmagorías, apariciones e imaginaciones varias, tierra en la que todo puede creerse, por peregrinas que fueran las historias que se contasen al amor de la lumbre. “Mi reino, el territorio en el que me encuentro a gusto es aquel del fantástico Prisciliano, contador de historias donde los haya. Embaucador diría yo, que ese es privilegio de todo buen escritor, y de la Asturias de Clarín y de al Sanabria de San Manuel Bueno, y hasta el Duero, el Douro. Ésos son mis límites. Y luego, en este paraíso mítico, la cosa marcha, porque todo es creíble, todo puede pasar, bueno, es que pasa, y en las tabernas de mi pueblo, todavía es más importante contar una buena historia con los chatos de vino delante que verla en la televisión. De modo que yo creo que éste es uno de los últimos reductos.”

Luego, conforme crece la tarde hostil de Madrid, y el calor se apodera del asfalto, y la ciudad parecían hervir como una gran caldera humana, Antonio Pereira retorna a los días azules y al sol de su infancia, porque ya dice su amigo del alma Luis Mateo Díez “el escritor no es más que el granado fruto de su única experiencia vital”. Lo iniciático en mí -dice-, fue el fatalismo, el destino inexorable. Estaba cantado que yo había de ser escritor, estoy seguro. Nazco en Villafranca, en medio de dos ríos, en el ámbito modesto pero sólido de una familia de clase media. Mi padre era un comerciante de ferretería, muy amigo de la lectura y de las letras, aun cuando no tenía excesiva preparación. Era muy sensible, y yo creo que él hubiera querido ser escritor también. En aquel paisaje, estudiando el bachillerato con un cura que se llamaba Manuel Santín, que nos enseñaba todas las asignaturas él solo, y que tenía no sé cuántas novelas inéditas... De vez en cuando me daba una carta franqueada para *El Ideal Gallego*, donde hacía unos artículos de mucha enjundia, bajo la forma de *Manuel Santín, Presbítero*, que, la verdad, no estaban nada mal. Aquel cura siempre nos hablaba de literatura. Yo recuerdo que aquellas clases las dábamos en la sombría pero hermosa Calle del Agua de Villafranca, justo delante de donde naciera Enrique Gil y Carrasco. Y por casa de mis padres caía de vez en cuando un poeta bohemio, con su capa y su barba, muy típico, la verdad, que era don Antonio Carvajal Álvarez de Toledo, que escribía a la sazón hermosos sonetos. Yo era

miope, y poner a una criatura las gafas en aquellos días era cargarle con un mochuelo de cuidado. Así que pareció que yo ya no valía para la vida azarosa, y en los partidos de fútbol me ponían de recogepelotas. Así que me dije, Antonio, este mundo es hostil para ti. Búscate otro. Y eso fue lo que hice. Me instalé en la fantasía y en las niñas rubias, forasteras, que aterrizaban en los días del verano.”

De pronto, de devuelto del sueño de días pasados, Pereira retoma el hilo conductor, con habilidad de relatista. Ya ha hecho, en un santiamén, el relato corto de su vida, y sonríe como niño con zapatos nuevos. “Me gusta contar cosas. Ya decía Poe que las historias. Cuanto más la oralidad, más brillantez”. Lo que también le ha apasionado siempre es la experiencia de los viajes, eso ya se dijo. La India le apreció una experiencia pálida al lado del Nepal, protagonista geográfico de algunas de sus historias. “El Nepal, cuando yo estuve hace unas decenas de años, era una auténtica Edad Media, un mundo separado y aparte de todo lo conocido. Eso me impresionó. Pero luego guardo un cálido recuerdo de algunos contactos personales, como el de Jorge Luis Borges en buenos aires, o el poeta brasileño Ledo Ivo. Estuve invitado en la finca de este último, en Río y con Borges me encontré al poco de concederle el Premio Cervantes, al alimón con Gerardo Diego. Recuerdo que me preguntaba muchas cosas de diego, él decía diego. Que qué edad tendría. Le extrañaba un título como *Manual de Espumas*. Paseé con él y con mi mujer por la calle florida, María Kodama no estaba, con toda la gente a su lado. Porque salía de una enfermedad. Esta experiencia, más que otras, fue vital en mi literatura”.